

EL CORAZÓN FRÍO

Mari Carmen López Perea

«Mi pena es porque esas nubes tan negras
han borrado las estrellas»
(León Felipe)

I

Madame Bertrand la encontró muerta una luminosa mañana de Mayo. Parecía dormida en el sillón junto a la ventana, pero al tocarla la notó fría. Probablemente había muerto el día anterior, antes de irse a dormir. Por su cara se diría que tuvo una muerte dulce y sin dolor. Desde luego Mme. Bertrand nunca la había visto en vida con esa expresión de paz en el rostro. ¡Si hasta tenía una sonrisa en la cara la muy bruja! Ella que era una refunfuñona amargada que nunca dijo una palabra amable a nadie. La miró despacio y pensó que a pesar de su edad se notaba que había sido una mujer guapa. Nunca antes se había fijado.

Hacía más de 20 años que le había alquilado una habitación en su casa de huéspedes. Durante los primeros años la vio poco. Salía a veces a pasear y a hacer la compra. Pagaba puntualmente y nunca recibía visitas ni se la veía con nadie. Era un misterio para la gente del barrio que se preguntaba de dónde habría salido esa anciana tan rara. Pero hacía algunos años que la anciana casi no podía salir de casa y Mme. Bertrand le hacía los recados y pasaba cada día a verla, pero nunca conversaban ni sabía nada sobre su vida. A pesar de su mal carácter, a veces le daba pena la abuelita, tan sola, sin familia ni amigos. Pero su marido le decía que era una vieja bruja y que siendo tan antipática, quién la iba a querer.

Lo que Monsieur Bertrand no sabía es que tiempo atrás mucha gente la había amado. Muchos hombres la amaron y la admiraron, aunque amigas nunca tuvo. Quizás cuando era pequeña...

II

Su origen fue un misterio que ella nunca aclaró. Algunos rumores decían que era una aventurera sudamericana que había dejado a un rico marido hacendado y se había marchado a Europa con un amante francés. Otros aseguraban que provenía de una aristocrática familia italiana arruinada. Aunque también circulaba la exótica historia de que se había fugado de su casa porque su padre, un jeque árabe, intentó casarla cuando tenía 12 años.

Nunca confirmó ni desmintió los rumores. Es más, le divertía fomentar la confusión y ella misma contaba historias diferentes y falsas sobre su pasado, de modo que, al final, la realidad acabó mezclándose con la leyenda. Todo el mundo la llamaba Lily, pero no era francesa y nunca se supo su apellido, su verdadero nombre ni su lugar de nacimiento.

La verdad es que se llamaba M^a Antonia Fernández y nació en la primavera de 1888 en un pueblecito del sur de España. Un pueblo olvidado entre montañas y olivos. Nació en un mundo en el que, a pesar de estar en los albores del siglo XX, poco había cambiado desde la Edad Media. Donde los señoritos, como señores feudales, decidían sobre la vida y la muerte de sus jornaleros. En su mundo, en su pueblo, en su familia, se trabajaba de sol a sol, desenterrando del hielo las aceitunas en invierno, tostándose en los trigales bajo el ardiente sol en verano y aguantando el hambre como se podía el resto del año.

M^a Antonia se crió con tres hermanos, que sobrevivieron de los siete que nacieron en la familia y que se fueron al campo a trabajar con su padre cuando no levantaban más de dos palmos del suelo. Su padre había trabajado en el campo desde niño, como su padre y sus abuelos, y trabajaría en el campo hasta su muerte, igual que sus hijos. Su madre había envejecido prematuramente a causa de su dura vida, el trabajo y los muchos partos. Había visto morir a tres hijos a los pocos meses de nacer y no había tenido tiempo ni fuerzas para llorarles agotada de trabajar. De sobra sabía que así eran las cosas, y había tanto trabajo y sufrimiento en la vida, que uno no podía parar a lamentarse continuamente. La resignación le ayudaba a seguir su vida sin quejarse. En una casa de hombres M^a Antonia, su Toñi, era su consuelo y sería el alivio de su vejez. Daba gracias a Dios por haberle conservado una hija y rezaba para que encontrase un hombre que la tratase bien y le diese una buena vida. Iba a ser una mujer preciosa, lo veía. Con suerte encontraría algo mejor que un jornalero.

En cuanto a su padre, no era mal padre ni mal marido. No era cariñoso, pero tampoco los mataba a palos, ni volvía borracho de la cantina con ganas de pelea. Sólo a veces sacaba su vara de almendro para impartir un poco de disciplina. Trabajaba de sol a sol y cuando volvía a casa esperaba que todos le trataran con el máximo respeto.

M^a Antonia, por supuesto, no fue al colegio. No sabía leer ni escribir como casi todos en el pueblo. Tampoco le iba a hacer falta para la vida que le esperaba. Su destino sería el mismo que el de las mujeres de su familia durante generaciones: el campo, el trabajo, los hijos. Y no se hubiese sentido desgraciada por ello ya que esa era la única vida que conocía. Nunca pensó que existiera otro destino.

III

Pero todo cambió una calurosa tarde de julio. Ella volvía de llevar la comida a su padre y a sus hermanos que estaban segando cerca del pueblo. Escuchaba el canto de las chicharras mientras canturreaba. Hacía calor y había pocas sombras. Se acercó a una encina solitaria y allí estaba él. Estaba echado contra el tronco y parecía que dormía con el sombrero de paja sobre la cara, pero al oírlo se lo quitó. Ella no le conocía. En la época de siega había muchas cuadrillas de segadores, algunos del pueblo y muchos de los alrededores.

La saludó con unas palabras amables. Ella no desconfió y le respondió. Intercambiaron unas frases y cuando ella iba a continuar su camino, él la agarró con fuerza del brazo y la atrajo hacia sí. Ella se revolvió y él le dio una bofetada y enseguida notó el sabor de la sangre en la boca. Otra bofetada y la derribó al suelo. Las piedras se clavaron en su espalda produciendo un dolor agudo. Lloró y suplicó y recibió patadas. Él se puso sobre ella y empezó a romperle la ropa. Ella le arañó la cara, gritó, mordió. Y recibió golpes y más golpes. Ya no podía gritar, las lágrimas y los sollozos le hacían un nudo en la garganta y la ahogaban. La boca y el aliento de él le daban ganas de vomitar y notaba como la náusea subía hasta su boca. Todo era miedo y dolor. Sintió que se desgarraba por dentro y fue tanto su miedo y su dolor que pensó que iba a morir y aulló como un animal. Ya no tenía fuerzas para luchar. La oscuridad la envolvió, pensó que era la muerte que venía a salvarla y se rindió.

Cuando volvió a su casa hacía horas que había anochecido. Llegó casi arrastrándose y cubriendo como pudo su desnudez con los harapos de su ropa. Se armó un gran revuelo. Nadie sabía lo que había pasado y ella no podía hablar, así que el padre, lamentando su mala suerte, salió en busca del médico.

Estaba tumbada en la cama. No lloraba ni se quejaba. El médico se acercó y le miró la cara. La tenía completamente deformada con los ojos hinchados, el labio partido y toda llena de sangre seca. Apartó la sábana que la cubría. Tenía el cuerpo lleno de moratones y heridas, un brazo roto y quizá una costilla, y seguro que tenía alguna lesión interna porque estaba claro que había recibido una buena paliza. Tenía sangre entre las piernas y la hemorragia aún continuaba. Ya había perdido mucha sangre. «*Dios mío*», dijo el médico, «*¿qué monstruo ha podido hacer una cosa así?*». Salió para hablar con los padres. No iba a ser muy agradable la noticia que les tenía que dar. Y luego habría que hablar con la Guardia Civil.

La noticia conmocionó a la familia. Una hija deshonrada era una auténtica desgracia. Y la gente murmuraría. La madre lloró. Su Toñi, su esperanza, ¿qué iba a ser ahora de ella? Si no tenía más que 12 años. El padre calló y sintió como la vergüenza caía sobre él como una losa, una vergüenza que no le dejaría volver a levantar la cabeza. Aquello era una mancha para toda la familia. Cuando a una mujer le pasaba algo así es porque era una fulana que iba provocando a los hombres.

Y así pasaron los días. Al principio casi pensaron que moriría, pero se recuperó lentamente. Se ocuparon de curarle las heridas del cuerpo, pero nadie se ocupó de las

heridas de su alma. Y esas dejaron profundas cicatrices que marcaron su vida. Notó el desprecio, las miradas acusadoras en su propia casa. Ella no era culpable de nada. Había sido la víctima de una monstruosidad que la hacía vivir con miedo y que no la dejaba dormir por las noches cuando aquellos ojos crueles se le aparecían en la oscuridad.

La convalecencia duró varias semanas y mientras, M^a Antonia y su familia, tuvieron que soportar las habladurías. Una niña guapa y pobre como ella pasó a ser el blanco del desprecio de los vecinos. Empezaron compadeciéndola pero acabaron culpándola. Hasta llegaron a decir que ya no era virgen antes de ocurrir aquello.

Sus padres no pudieron soportar más la vergüenza y la mandaron a servir a la capital. Ya no tenía futuro en aquella comunidad, había perdido la oportunidad de tener una vida normal en el mundo que conocía.

Durante los años siguientes nunca contó a nadie nada sobre aquel desgraciado episodio de su infancia, pero existen documentos oficiales que confirman que la niña M^a Antonia Fernández fue violada de forma brutal el 6 de Julio de 1900 a las afueras de su pueblo. El juez tomó declaración a la niña y a la familia y el médico D. Arturo Cerdá la examinó y emitió un informe. Según éste, el ultraje se había consumado en términos tan brutales que «por decencia no pueden escribirse» y calificaba de grave el estado de la chiquilla. Sobre el agresor y su posible identificación nada se sabe.

Nunca se recuperó de aquel dolor y ese hombre la persiguió durante el resto de su vida en sus pesadillas.

IV

La tía Manuela era la hermana mayor de su padre y servía en la casa que uno de los señoritos del pueblo tenía en Granada. Empezó a servir en la casa del pueblo cuando era pequeña y luego se la llevaron con ellos a la capital. Nunca se casó y nunca pudo volver al pueblo a ver a los suyos. Llevaba toda la vida con la familia, así que cuando le pidió a la señora que acogiera en su casa a su sobrina para trabajar, la señora no tuvo inconveniente. Manuela se guardó muy mucho de contarle la «desgracia» de la chica. Su señora era una mujer muy cristiana y piadosa y no hubiera aceptado a una joven con esos antecedentes bajo su techo.

Así fue como M^a Antonia empezó su nueva vida. El destino para el que nació ya no era su destino. Todos le habían dado la espalda, su familia la había traicionado y al irse perdía todo lo que le era querido. Se marchó del pueblo y mientras se alejaba no volvió la vista atrás. Había contenido el llanto que le cerraba la garganta con un nudo durante muchos días, pero es ese momento no pudo evitar que unas lágrimas resbalaran por sus mejillas. Sólo tenía 12 años y con este exilio tenía que pagar por un pecado que no había cometido. Y a pesar de su desamparo sabía que huir era su única posibilidad. Se marchó sin saber si algún día volvería.

Pero nunca regresó, ni volvió a ver a su familia. Los encerró en el fondo de su mente junto con los recuerdos de su infancia y con todo lo que alguna vez significó felicidad y, poco a poco, con el paso de los años, llegó a olvidarlos.

Y durante cinco años vivió, trabajó y se convirtió en una mujer en la cocina de sus señores. Durante cinco años vivió sólo para alimentar su rencor y su resentimiento contra el mundo, contra el destino y contra la maldad humana que le había quitado cualquier posibilidad de ser feliz. Dormía en un jergón junto a la chimenea de la cocina donde hacía los más duros trabajos. Apenas tenía contacto con otros seres humanos, pero tampoco lo deseaba. Hasta su tía, en lugar de compadecerla, la trataba con tiranía pensando que era una descarriada y que en cuanto le quitase la vista de encima volvería a las andadas. Durante ese tiempo pensó muchas veces que se haría vieja y que moriría en aquella cocina, haciendo los mismos trabajos día tras día, año tras año... Y no le importaba. No esperaba ya mucho de la vida. Ella ya había muerto aquella calurosa tarde de Julio. Sólo era capaz de sentir amargura y resentimiento contra el mundo. Se había convertido en una hermosa mujer, pero en su interior no había nada, era sólo una bonita cáscara vacía.

Pero durante el frío invierno de 1905 la tía Manuela murió de una pulmonía y la dejó sola en el mundo. Sus padres estaban lejos y no pensaba volver, así que podía ser dueña de su vida y hacer algo para cambiarla. Decidió que no tenía que resignarse, le habían arrebatado el futuro, pero ella, con su esfuerzo, conseguiría uno mejor. Se merecía una oportunidad. No sabía que podía encontrar fuera de la seguridad de aquella casa, pero decidió correr el riesgo porque nada sería peor que aquella muerte en vida. De modo que recogió sus escasas pertenencias y el poco dinero que había ahorrado en sus años de esclavitud y, sin decir nada a nadie, se marchó. Su obstinación y su espíritu indomable la ayudaron a superar los obstáculos y a alcanzar lo que hubiese sido imposible para cualquier otra mujer de origen tan humilde. Pero tanto esfuerzo nunca le consiguió la felicidad.

Sobre los años siguientes de su vida ya hay algunos datos aunque es difícil comprender lo que pasó desde el momento en que abandona la casa de sus patrones en Granada, hasta que se convierte en la más famosa cortesana de Europa antes y durante la I Guerra Mundial. ¿Cómo logró en tan pocos años dejar atrás la miseria y convertirse en una de las mujeres más famosas y ricas de su tiempo? ¿A qué métodos, engaños o amantes recurrió para que se le abrieran las primeras puertas?

Al principio parece ser que malvivió unos pocos meses en Granada en una pensión de mala muerte y peor reputación. Cambió su nombre y dijo llamarse María. Encontró trabajo como modelo en una escuela de pintura para señoritas amantes del arte. El trabajo era de pocas horas y no estaba muy bien pagado, pero poco a poco se fue abriendo camino en ese ambiente y se convirtió en la más cotizada modelo de pintores, escultores y escuelas de arte. Se hizo famosa por su belleza y por su seriedad en el trabajo a pesar de su juventud.

Y casi desde el comienzo iba añadiendo a su escaso sueldo los regalos que le hacían sus muchos admiradores. Probablemente fue aquí donde empezó a tener amantes que

la mantenían. En el mundo en que se movía podía conocer a artistas y bohemios, pero también a hombres ricos que desde el primer momento desearon lucirla como un trofeo. Era lista, tenía pocos escrúpulos y mucho valor.

También durante los años que pasó en Granada, conciente de sus carencias y de lo importante que era para triunfar cubrirse con un barniz de cultura, intentó cultivarse y aprendió a leer y escribir. Aquel ambiente favoreció sus inquietudes intelectuales. Descubrió que le gustaban los libros y hasta su muerte la lectura fue una de sus aficiones.

Pero un día desapareció sin dar ninguna explicación. Al cabo de un tiempo sus admiradores descubrieron consternados que María los había abandonado por las luces más deslumbrantes y cosmopolitas de Madrid.

V

Había posado muchas veces desnuda. Era su trabajo y no sentía ninguna vergüenza. Observaba a los hombres que tenía alrededor. No le quitaban ni por un instante los ojos de encima. Siempre era igual, pero al estar desnuda las miradas eran más intensas.

Desde el primer momento en que se había relacionado con los hombres se dio cuenta de la reacción que provocaba. Supo que era un don que tenía que aprovechar. No tardó nada en comprender que esa sería la manera de vengarse y recuperar algo de lo que le habían arrebatado, y ni su vida ni su futuro le importaban tanto como para no arriesgarse. No tenía nada que perder, pero sí mucho que ganar. No tenía ninguna experiencia, pero sus instinto le indicó en cada momento como actuar. Se aprovecharía de los hombres y de sus debilidades.

Por eso no le importaba posar desnuda. Le gustaba sentirse admirada y notar su poder sobre los hombres. Además esta vez era especial porque no posaba para un cuadro, sino para unas fotografías. Estaba en el estudio de José M^a López Mezquita, un pintor que le abrió muchas puertas y la ayudó a situarse en ese mundo. Lo apreciaba y lo respetaba, tanto como ella era capaz de apreciar y respetar a un hombre. Siempre había posado para pintores o escultores y no pensaba que la fotografía fuese como un cuadro, pero López Mezquita le dijo que también era arte, una nueva manera de hacer arte. Recordó al médico de su pueblo que era aficionado a la fotografía. Era un hombre singular que pasaba el día paseando por el pueblo, observando los rincones y las gentes. Hacía fotos de los paisajes, de las calles, de la gente trabajando. Una vez le hizo una a ella cuando era niña, con su hermano pequeño en los brazos. Y a su madre cogiendo agua de la fuente con las vecinas. Tardaron mucho tiempo en el pueblo en entender lo que hacía y en saber lo que era una fotografía.

Y mientras pensaba en eso, de repente, y para su sorpresa, apareció el médico, D. Arturo. Era él el artista, el fotógrafo. No había cambiado nada, pero ella sí y no pareció reconocerla. Pasaron toda la mañana haciendo varias fotos. Él era un hombre educado y la

trató con mucho respeto, pero no dio señales de reconocimiento. Ella, en un momento de debilidad estuvo a punto de decirle quien era, pero al final no se atrevió. Ya nada la ataba a su pasado. Lo había olvidado. No quería que al reconocerla le hablara de su familia y de todo lo que había dejado atrás hacía mil años, así que acabó la sesión fotográfica y se marchó sin decir una palabra. Hasta entonces creyó que estaba lejos de aquel mundo del pasado, pero ahora veía que no era suficiente. Así que decidió alejarse aún más.

La decisión de marcharse fue difícil. ¿Qué podía hacer en otro sitio? Allí en Granada tenía lo que necesitaba. Había luchado mucho en los últimos dos años y ahora, a sus 18 años, vivía en una bonita casa, con un patio de macetas, que le pagaba su amante de turno. Había ahorrado un pequeño capital y hasta tenía algunas valiosas joyas. Su pasado la había seguido hasta allí. Necesitaba huir aunque con ello arriesgara todo lo que había conseguido.

Y así fue como en su huida hacia adelante se marchó a Madrid. Al principio se sintió provinciana, pero consiguió sobrevivir gracias a su belleza y a su inteligencia. Y sobrevivió no sólo con su trabajo de modelo, con el que continuó gracias a las recomendaciones de sus amigos los pintores granadinos, sino, sobre todo, gracias a la corte de admiradores y algún que otro amante con que se hizo al poco tiempo de llegar. Pronto se encontró rodeada de la misma clase de gente que había dejado en Granada, pero en Madrid había más dinero y más posibilidades para una chica como ella.

Cuando llegó era una provinciana. Una chica atractiva de corazón duro y frío pero algo ingenua todavía para aquella ciudad y que sólo tenía como arma su belleza y su instinto. Pero en poco tiempo aprendió a envolver su frialdad y su dureza con un manto de dulzura y fragilidad que la hicieron irresistible. Aprendió a reír y ser pura alegría aunque estuviese llorando por dentro. Aprendió exquisitos modales. Aprendió a acentuar su belleza y sus muchas cualidades naturales. Aprendió a ser exactamente lo que los hombres querían que fuese. Y entonces ya tuvo en su mano todas las armas necesarias para triunfar y después de conseguir el triunfo en Madrid, decidió que su talento necesitaba un escenario más importante para deslumbrar. Era el momento para marcharse a la ciudad del glamour, del amor y de la modernidad. Y con su último amante, que según parece, era primo lejano de Alfonso XIII, se marchó a París.

VI

Es ésta la época de su vida, la más interesante y sorprendente, la que la hizo famosa y de la que se conocen multitud de detalles, ya que, casi diariamente, aparecían noticias sobre ella en las páginas de sociedad de los periódicos. Aunque también los chismes y rumores empañaron a veces la verdad. Lo que si es cierto es que la chica que llegó a París con 22 años en el otoño de 1910, en nada se parecía a la joven criada analfabeta que un día se escapó de casa de sus patronas para probar suerte en la vida. Ya nada en ella dejaba adivinar su humilde origen.

Empezó viviendo en Montmartre, barrio de bohemios y artistas, trabajando de modelo. Pensó cambiar su nombre por otro más acorde a su nueva vida y que no dejara adivinar su origen, así que decidió llamarse Lily, un buen nombre artístico que le pareció muy parisino. Al cabo de un año ya era conocida en todo París y era la amante de un político del gobierno que le pagaba un lujoso piso en la Avenue Victor Hugo.

Hablar de lo que pasó durante aquellos años en los que reinó como una de las cortesanas más famosas de Europa sería demasiado extenso, pero es fácil de imaginar si se conoce como era la vida en el loco París de la «Belle Epoque» y de los locos años 20, donde ni los años de la Primera Guerra Mundial pusieron freno a la diversión. Fue la época dorada de las salas de fiestas como el «Moulin Rouge» o el «Folies Bergère», donde los millonarios y los bohemios frecuentaban los mismos sitios. En esta época de moral relajada las chicas «alegres» se convertían en mujeres influyentes, aceptadas en la sociedad. Estaban de moda los millonarios que se dedicaban sin remordimiento a gastar su dinero en el juego, en los caballos y como no, en mujeres. Las elegidas solían ser artistas, bailarinas, actrices... a las que había que adorar como a diosas y cubrir de alhajas. Tanta generosidad no era muchas veces por amor, sino que era una simple cuestión de estatus: la importancia de un caballero también se medía por la importancia de su amante. Cuanto más cara y caprichosa era, más rico parecía su protector. Había que ser generoso y también extravagante: se creaban leyendas, se exageraban regalos y se contaban historias increíbles. Y como Lily era la más famosa y deseada, sus amantes eran los más ricos. Lo que tenían en común los hombres de su larguísima lista de amantes, era la cuantía de su cuenta corriente o bien la importancia de su nombre (aunque Lily no solía ser fiel a éstos últimos si no eran además muy ricos). En su época Lily compitió con otras famosas cortesana o «*demi-mondaines*» como se las llamaba entonces, con quienes se disputó amantes, joyas y fama.

Y si Lily fue la más famosa entre todas ellas no fue sólo por su belleza o buena suerte. La mayor parte de su éxito se lo debía a su inteligencia, su intuición para encontrar al amante adecuado y su talento para retenerlo y conseguir de él lo que deseaba. Pero además de esas cualidades que compartía con otras varias famosas cortesanas, había otras cosas que la hacían especial y que serían difíciles de explicar. No sólo era su belleza, era su sonrisa, el brillo de sus ojos, la luz que desprendía su persona y que hacía que cuando se marchaba todo quedara como a oscuras. Era su dulzura y aparente fragilidad que despertaban el deseo de cuidarla. La frialdad que escondía y que una vez descubierta la convertía en un reto. Algo había diferente y especial que volvió locos a tantos hombres.

Y gracias a estos dones y talentos, durante 23 años vivió una vida de lujos. Fue una de las mujeres más ricas de su época. Tuvo hombres que le pagaron todos sus caprichos y la cubrieron de joyas. Muchos la exhibían como un trofeo. Otros la escondían para protegerse de sus esposas, pero todos la trataban como a una reina y muchos se volvieron locos por ella. Entre sus amantes, además de millonarios y políticos, también hubo reyes y príncipes. Unos meses antes de la Revolución Rusa, el zar Nicolás II pasó unas románticas semanas con ella en el convulso y loco París de la Primera Guerra Mundial. Pero también pasaron

por su cama el príncipe de Gales, el rey Leopoldo II de Bélgica, Alberto de Mónaco y hasta el rey Alfonso XIII.

Pero sus conquistas no sólo tuvieron a París como escenario. Viajó mucho por Europa: Londres, Viena, Berlín...y cada una de sus estancias en estas ciudades va acompañada de una lista con los hombres más importantes y poderosos del lugar.

Por algunos de sus hombres sintió afecto, por la mayoría desprecio, pero por ninguno sintió amor. Muchos se suicidaron por no conseguir sus favores, otros se retaron en duelo por ella, se arruinaron, destrozaron su vida y sus familias, pero ninguno conmovió su helado corazón. Todas las amargas de su infancia olvidada habían creado un caparazón a su alrededor que nadie consiguió atravesar. Tampoco se le conoció ninguna amiga íntima. En su mundo todas las mujeres eran rivales y sentir cariño por otra persona con la que compartir sus desdichas y su dolor era una debilidad que no se permitió. Su corazón no sólo estaba muerto para el amor, sino para cualquier sentimiento cálido hacia otro ser humano.

Se cuentan toda clase de locos caprichos y excentricidades sobre ella. Pero su fama de frívola y caprichosa era sólo un papel que representó muy bien durante mucho tiempo. No era nada frívola y mucho menos alocada, sino todo lo contrario: era una mujer calculadora y fría, que medía todos sus pasos y meditaba mucho todas sus decisiones. Jamás actuaba por impulsos ni se dejaba guiar por la pasión. Sólo buscaba su propio beneficio. Pero siempre era la más original y osada. Se preocupaba mucho por su aspecto. Le encantaban las joyas, el maquillaje y los perfumes. Y cuidaba su cuerpo de una manera casi enfermiza. Era imitada por muchas mujeres y creaba modas. Se copiaba cualquier cosa que ella hacía o se ponía. Fue una de las primeras en acortar la falda o en cortarse el pelo. Hasta corren rumores de que fue espía durante la I Guerra Mundial, unos dicen que para un bando, otros que para el otro, pero es muy posible que fuese para los dos.

Los periódicos más serios como «Le Figaro» se ocupaban casi diariamente de sus idas y venidas y de sus conquistas. Daban toda clase de detalles sobre regalos, duelos, suicidios, ataques de celos y demás acontecimientos de su vida cotidiana. Sin embargo, ninguno de ellos supo explicar su extraña desaparición durante el invierno y la primavera de 1916. Se contaba que por fin se había enamorado, de un joven no muy rico y que se había fugado con él para poder vivir su amor tranquilamente. Pero la verdad fue muy distinta. Huyó a un escondido pueblecito suizo para esconder su embarazo. Dio a luz un niño del que inmediatamente se deshizo dándolo en adopción nada más nacer. Nada se supo sobre la identidad del padre. Luego volvió a su vida con total normalidad y sin mirar atrás. Nunca habló del tema, pero seguramente no se arrepintió de su decisión. Su corazón era ya demasiado frío para sentir siquiera amor de madre.

Su ruina comenzó al mismo tiempo que su afición al juego. Una afición que se convirtió en adicción y que acabó con su fortuna que era más que considerable. Esto es de lo más sorprendente viniendo de una mujer fría y calculadora, que meditaba cada paso y cada

decisión y que sólo actuaba en su propio beneficio. Se hizo asidua del casino de Montecarlo y perdió en la ruleta cantidades inmensas de dinero. En una sola noche podía llegar a perder una auténtica fortuna. Pero aquella era otra de sus legendarias extravagancias que la hacían aún más original.

Y así fue perdiendo su dinero y su juventud. Se dio cuenta, a sus 45 años, de que su momento había pasado. El mundo había cambiado. Ella había sido famosa y deseada, había tenido amantes y lujos, pero el maquillaje ya no podía ocultar sus arrugas ni su rictus de amargura por una vida perdida sin amor y sin el calor de otro ser humano.

VII

Lily acercó su sillón al balcón para que llegasen los rayos del sol de la tarde. Era Mayo y hacía buen tiempo, pero tenía frío. Miró a la calle. Esos diablos de niños hacían tanto ruido. No soportaba a los chiquillos malcriados. La verdad es que no soportaba a nadie. Se arrebujó en su chal de lana. La gente que pasaba por la calle parecía tan feliz bajo la alegre luz de la primavera. No es que echara de menos el contacto humano, pero ahora, a su edad, se preguntaba como sería compartir la vida con alguien. Una familia, un hijo... No, había cometido grandes errores en su vida, pero jamás se arrepintió de nada. Lo hecho, hecho estaba. ¿De que servía sufrir por lo que ya no tenía arreglo? Se preocupaba porque la edad la estaba ablandando. Se sorprendía muchas veces recordando otros tiempos. Se le aparecían caras largo tiempo olvidadas y escuchaba voces de otra época que no la dejaban descansar.

Conservaba pocas cosas del pasado. Todo lo que tenía algún valor lo había vendido, así que sólo tenía algunas fotos, recortes de periódicos y una sortija con un diamante, que no guardaba por motivos sentimentales, sino para pagarse un entierro digno. Sólo había guardado pequeñas cosas que halagaban su vanidad. Así que sacaba muy a menudo aquella caja de sus recuerdos y miraba las fotos. Le gustaban mucho aquellas artísticas fotos que en Granada le hizo aquel médico. Era tan joven, tan bonita y casi ingenua en aquella época. Estaba orgullosa de lo hermosa que había sido y de lo que había conseguido en la vida: una fregona campesina convertida en amante de reyes y musa de artistas. Ahora tenía 80 años y todavía mantenía su aire altivo como de aristócrata, pero ya sus movimientos no eran airoso ni elegantes porque casi no podía andar. Todos estos años de penurias la habían debilitado. Pasaba los días encerrada en su habitación, sin más contacto humano que la bruja cotilla de Mme. Bertrand, su casera. Antes al menos podía pasear cerca del mar. Le gustaba el mar, era el único placer que se podía permitir y ahora lo había perdido también. Sólo le quedaban sus recuerdos y sus fantasmas del pasado.

VIII

A los 45 años decidió ocultarse. Abandonó París y toda su corte de amantes, millonarios, artistas y vividores. Lo abandonó todo para mantener intacta su leyenda, para que nadie viera su decadencia.

A partir de ese día vive en sitios cada vez más humildes e incluso miserables hasta que en 1946 se instala en una humilde casa de huéspedes en Villefranche-sur-mer, en la Costa Azul francesa. En esa casa vivió los siguientes 22 años. Fue la suya una vida de soledad en esta época. No se le conocieron amistades ni relaciones y hablaba poco con la gente. Los primeros años salía a pasear y a contemplar el mar, pero con el tiempo su salud se deterioró y apenas salía de su habitación.

Ya casi nadie la recordaba y por supuesto, nadie la reconocía. La suya había sido otra época y otro mundo. Pero aún así, en cada sitio en el que se escondía, aparecían periodistas y curiosos interesados en su vida, que le habían seguido el rastro. En varias ocasiones algunos periódicos dieron la noticia de su muerte y es que nadie sabía a ciencia cierta si estaba viva o muerta o si la anciana de la Costa Azul era realmente a ella. Durante todos sus años de exilio nunca concedió ninguna entrevista, ni confirmó su identidad. Los curiosos preguntaban por el vecindario pero nadie sabía dar explicaciones. Lo que sí quedan son fotos que algunos periodistas hicieron de sus últimos años.

Otro de los misterios que la rodearon fue el de la procedencia del dinero con el que subsistía. Perdió todo su dinero en las mesas de juego y durante todos aquellos años vivió de una pequeña pensión que le era ingresada cada mes en el banco. Es posible que fuese una asignación que le dejó uno de sus antiguos amantes, preocupado por su vejez, aunque también se rumoreó que procedía del mismísimo casino de Montecarlo, que después de quedarse con su enorme fortuna, le permitió con esa pequeña pensión acabar dignamente sus días.

Lo cierto es que pasó aquellos años en la más absoluta soledad, esperando que llegara el final porque ya nada esperaba de la vida. Y así fueron pasando los años, matando el tiempo hasta que el tiempo la matara a ella, recordando su vida, ya tan lejana que no parecía su vida. Recordaba sin nostalgia y sin tristeza. Se sentía orgullosa de lo que había conseguido saliendo de la nada y la miseria. La tristeza era cosa de débiles. Su corazón fue duro y frío hasta el final.

Epílogo

Estaba oscuro aunque hacía sol. Era su vista la que le jugaba malas pasadas. Y es que, lo tenía que reconocer, ya no era una niña. Y cuando todo se volvía borroso era cuando los fantasmas del pasado la acosaban. Eran hombres cuyo nombre a veces no recordaba, pero veía sus caras y escuchaba sus voces. Hombres que le reprochaban su frialdad, que le habían dado todo y no habían recibido nada a cambio. Le decían palabras hirientes

pero ciertas. Temía estas visitas porque se encargaban de recordarle constantemente todo el dolor que había causado en su vida y todo el dolor que ella misma había sufrido. La atormentaban con sus quejas y reproches. ¿Qué querían? ¿Acaso ella no había sufrido también en la vida? Había sido una víctima. La crueldad del mundo la había convertido en un ser frío y sin sentimientos, sin posibilidad de ser feliz. Tuvo que hacerse así para sobrevivir en un mundo lleno de maldad.

A veces la visitaba un niño. No veía su cara, no la podía reconocer, pero sabía quien era aunque nunca lo hubiera visto. Este era el que más daño le hacía. Sólo a veces recibía visitas agradables de personas que venían a halagarla, a decirle lo hermosa que era. Eran tantas caras y tantas voces... Pero hoy no. Hoy sus recuerdos se remontaban a un pasado aún más lejano. A un lugar largo tiempo olvidado, donde había sido feliz antes de que la crueldad y el dolor la marcaran y la cambiaran para siempre: la infancia, donde los días eran azules y el sol calentaba el cuerpo pero también el alma.

Notó de pronto más luz. Era el sol que brillaba con la alegría de la primavera y le calentaba el rostro. Volvía a ser una niña. «¡Toñi!». Reconoció aquella voz al instante y su corazón se aceleró. Era su madre que la llamaba desde el corral donde estaban las gallinas. Fue corriendo a su encuentro. Los ojos se le llenaron de lágrimas.» *¿Qué pasa chiquilla?*». «*Nada madre, es que la he echado de menos*». Y se abrazó a sus faldas «*No quiero volver a marcharme. Quiero quedarme para siempre en el pueblo*». Su madre la abrazó. Oía a esparto y a humo de la cocina y M^a Antonia cerró los ojos y lloró. Lloró por todos los años perdidos sin amor, por todo el dolor que había encerrado durante todos esos años en su corazón sin compartirlo con nadie. Lloró como debió haber hecho mucho tiempo atrás para aliviar su sufrimiento. Los sollozos estremecían su pequeño cuerpecillo. Y cuando abrió los ojos se sintió aliviada. Todo estaba arreglado. Su vida sería tal como debería haber sido. Tenía otra oportunidad. «*Vamos hija, no llores más. Ya ves que todo se ha arreglado. Has vuelto a casa. Este es tu lugar. Ven conmigo*». Su madre cogió su pequeña mano entre las suyas. Sintió la felicidad de la infancia que ya había olvidado. Le llegó de nuevo el calor del sol y notó ese dulce calor en su corazón.» *Ya voy*», dijo. Y entonces, por fin, llegó la paz a su alma y la amargura y el dolor del pasado se borraron. Se agarró fuerte de la mano de su madre, sonrió y se dejó llevar.